

dición y elocuencia, se distinguió Clemente por su bondad verdaderamente singular, y por la blandura de su corazón (1). Para los pobres y necesitados fué siempre un presto auxiliador, y un animoso protector de los perseguidos y oprimidos; y cuando estallaron las sangrientas persecuciones de los judíos, aborrecidos como representantes del capitalismo, y millares de ellos fueron muertos, en Francia y Alemania, por los pueblos irritados, sólo el Papa se interesó por la suerte de aquellos miserables; comprendiendo Clemente VI, que su elevada posición hacía para él un deber, el oponerse al fanatismo feroz del pueblo soliviantado. En Julio y Septiembre de 1348, expidió bulas para protección de los judíos, perseguidos y acosados hasta el último extremo; y aunque por la extraordinaria irritación que contra ellos reinaba, quedaron casi sin efecto, no por eso dejó Clemente de hacer lo que estaba en su mano, abriendo un lugar de refugio en su pequeño Estado á los enjambres de perseguidos que andaban errantes y huídos de sus hogares (2).

No obstante, á estos lados luminosos del carácter de Clemente VI, se oponen otros oscuros, que no pueden ser pasados en silencio. Con la adquisición de Aviñón por compra, y el nombramiento de numerosos cardenales franceses, fortaleció la estrecha alianza de la Iglesia romana con Francia (3); y enriqueciendo y favore-

la Universidad Cod. s. 119 sqq.; 234 f. 204^b sqq.; 769 s. 82 sqq. *Kremsmünster*: Biblioteca del Cabildo Cod. 4 (v. Schmid. Cat. Cod. Cremif f. 76). *Leipzig*: Paul.-Bibliothek (Montfaucon Bibl. 595). *Metz*: Bibliothek Cod. 97. *Munich*: Hofbibliothek Cod. lat. 8826 (v. Müller I, 144); además Cod. lat. 903. 18205. 18660. 21247; Cf. el Catálogo de manuscritos. *Olmütz*: Bibl. (s. Archiv X, 676). *Oxford y Cambridge* (s. Oudin III 931). *Paris*: Bibliot. (s. Müller I, 166; II, 361. 363). *Reims*: Biblioteca del Arzobispo según Ziegelbauer, Hist. rei litt. ord. S. Bened. III, 181 (¿existe todavía?) *Tréveris*: Biblioteca del Seminario Cod. III, 10 (olim monast. S. Matthiae). *Venecia*: Biblioteca de San Marcos cl. VI. Cod. 9. *Viena*: Biblioteca del Palacio Imp. (v. arriba y Tabulae I, 328; II, 487).

(1) «Clementissimus ille Clemens, clementiae speculum» Tertia Vita Clementis VI. Baluze I, 300; Cf. 263.

(2) Cf. B. Bardinet, Condition des juifs du comtat Venaissin pendant le séjour des papes à Avignon, en la Revue hist. XII, 18—22; Haeser III, 155; Zeitschr. für Kirchengesch. VII, 114. Vogelstein-Rieger I, 313. Acerca del modo humanitario de proceder de los Papas de Aviñón respecto de los judíos cf. también Rev. juive VII, 227 ss.; XII, 47 s. Cf. Maulde 5. 18 ss. 24 y Annal. d. S. Louis III, 121—174; Römische Quartalschr. 1899 P. 30.

(3) Cf. Christophe II, 107 s. 352 s., y de Beaumefort, Cession de la ville et de l'état d'Avignon au pape Clément VI par Jeanne I^{re}, reine de Naples (Apt. 1874). Es característico para conocer el afrancesamiento de la corte

ciendo á sus parientes, y con el fausto regio de su corte, perjudicó del modo más sensible los intereses de la Iglesia. En su tiempo penetró en la Corte pontificia el lujo, que dominó generalmente en la época de los Valois; Aviñón se convirtió en un sitio real, donde reinaban por manera espantosa el fausto exagerado y el regalo de la vida. La liberalidad del Papa, el cual solía decir, que lo era solamente para labrar la dicha de sus súbditos (1), tuvo, es verdad, algo de grandioso; pero con esto se agotó muy pronto el tesoro reunido por los dos predecesores de Clemente VI; y para continuar en sus acostumbradas liberalidades, y su pródiga manera de vivir, tuvo necesidad este Papa de abrir nuevas fuentes de ingresos; las cuales supo hallar, pero no sin daño de los intereses eclesiásticos, llevando hasta el extremo las perniciosas artes financieras de Clemente V y Juan XXII. Esto produjo en varios países una fuerte oposición, como la había suscitado ya antes la demasiado frecuente y excesiva aplicación del derecho eclesiástico de imponer tributos, que, con todo eso, no puede en manera alguna negarse á los papas (2). Principalmente en los países germánicos, el disgusto contra las continuas recaudaciones de dinero, hechas por orden de la Corte pontificia, se elevó hasta un punto por demás peligroso (3); Inglaterra procuró defenderse

pontificia, creciente desde Juan XXII (cf. el artículo de Faucon 82, citado arriba p. 67), el que Clemente VI, para el adorno de la ciudadela pontificia de Aviñón, no se sirvió de un artista italiano, como lo habían hecho todavía sus predecesores, sino de uno francés. En un contrato de compraventa, del Archivo municipal de Aviñón, de 1349, se le llama Simonettus Lugdunensis pictor curiam Romanam sequens. El monograma de este pintor (ML) se halla también en la capilla de Inocencio VI, en Villeneuve; cf. Canon, Le palais des Papes à Avignon (2^e édit., Avignon 1875) 21. Por lo demás, según Müntz, Bullet. mon. 1884, aún dominaba el elemento italiano entre los artistas empleados por Clemente VI; en otros lugares se trata de Simonet de Lion; cf. Janitschek, Repert. VIII, 390. Los albañiles empleados por Urbano V eran exclusivamente franceses, así como los más de los pintores; los plateros, al contrario, casi todos italianos. Müntz in Ann. d. inscript. et belles lettres 1893 y Urbain V (Paris 1889).

(1) Baluze I, 282.

(2) V. Phillips II, 585 s.; V, 540 ss.

(3) También en los países latinos se oyeron quejas sobre las enormes exigencias de dinero de la Curia de Aviñón, y así el agustino Luigi Marsigli (cf. Floriano del Secolo, Un teologo dell'ultimo Trecento. Trani 1898) escribía á 20 de Agosto de 1375 desde París á un amigo suyo: «Alle disordinate spese di Avignone non basta le offerende di San Pietro e Paulo, e non basterebbe quello che Cresò in Lidia raunò, che Cesare donò in Roma, o ciò che in quella distrusse Nerone.» Lettera del b. L. Marsigli p. xi.

por medio de severas disposiciones legales, que aflojaron no poco los lazos de la Iglesia anglicana con Roma (1); estableciendo el Estado tales principios que, al paso que inculcaban la completa libertad de la Iglesia de Inglaterra, la reducían en realidad á una entera dependencia del Estado inglés (2). El Parlamento, reunido en Londres á fines de Agosto de 1376, recopiló, en el llamado *Bill largo*, todas sus quejas en una forma agresiva; lo que se pagaba á la Curia en tasas por los beneficios eclesiásticos vacantes, se dice allí, ascendía cinco veces más que las rentas del Rey; los cambistas de Aviñón promueven por dinero á personas ignorantes y enteramente desaprovechadas; extranjeros y aun enemigos del país, que jamás han visto á sus feligreses, poseen las prebendas de Inglaterra; y el colector pontificio envía anualmente al Papa veinte mil marcos; ningún príncipe de la Cristiandad es tan rico, que reúna la cuarta parte de los tesoros que de una manera pecaminosa se sacan de la tierra; el Papa recibe impuestos y subsidios del pueblo inglés, para redimir á los franceses que habían sido hechos prisioneros por los ingleses, y para llevar adelante sus guerras en Lombardía. De todas las desdichas de Inglaterra, aun de la peste y el hambre, hace el Parlamento responsable al Papa, y con tono amenazador exige el remedio (3).

No menos vivas quejas se levantaban en Alemania; aunque, por efecto de las escisiones políticas, no se llegó allí á obrar de común acuerdo; pero las medidas que particularmente se tomaron, eran con todo bastante graves. Así, en Octubre de 1372, se aliaron las abadías y fundaciones de Colonia, para oponerse á la decimación de sus gabelas, la cual tenía en proyecto el Papa Gregorio XI, y el tenor del correspondiente documento manifiesta el profundo disgusto que dominaba en Alemania contra la Corte de Aviñón. A consecuencia de las varias contribuciones con que la Curia gravaba á los clérigos—se dice allí—la Sede Apostólica ha venido á caer en tal descrédito, que parece constituir un peligro para la fe católica en aquellas regiones; y luego habla con desprecio de la Iglesia porque, contra la antigua costumbre, no envía

(1) Cf. Lingard IV, 178 ss. Schwab 530. Pauli IV, 481 s. Müller II, 55. Stubbs, Const. hist. of England (Oxford 1878) III, 314 s. Loserth, Kirchenpolitik Englands I, 18 s. 24 s.

(2) Loserth I, 48.

(3) Ibid. I, 82 ss.

allá casi nunca predicadores ó reformadores de las costumbres, sino más bien sagaces colectores de dinero, que se hacen notar por su fausto, y piensan solamente en sus propios provechos; las cosas habiendo llegado ya á tal extremo, que los menos son cristianos en algo más que en el nombre (1). El ejemplo del clero de Colonia encontró pronto imitadores; pues, en el mismo mes, redactaron documentos de tenor semejante, los capítulos de Bonn, Xanten, y Soest; y en Noviembre siguió también el clero de Maguncia (2). Tal era el sentimiento dominante en la Alemania occidental, hacia fines de la época aviñonesa; y de un modo semejante se expresaban también en el sud de Alemania. En un escrito del duque Esteban el Viejo de Baviera y de sus hijos, de 1367, dirigido á los eclesiásticos del país, se les dice: que les sea notorio, que el Papa ha impuesto una gran contribución sobre las rentas del clero, la cual acarrea la ruina de los monasterios; por lo cual se les avisa seriamente, que no paguen ninguna contribución ó subsidio; por cuanto su tierra es un país libre, y los príncipes no juzgan conveniente permitir á ninguno introduzca en ella tales costumbres, so pena de corrección en su cuerpo y hacienda; porque el Papa nada tiene que mandar en sus dominios (3).

Clemente VI no conoció, desgraciadamente, los daños que acarrearían á los intereses religiosos las excesivas exigencias de dinero; antes al contrario, como se le representaran los abusos que de su proceder se seguían, haciéndole notar que sus predecesores no se habían permitido cosas semejantes, dicese haber contestado: «Mis predecesores no supieron ser papas» (4); frase bastante por sí sola, para caracterizar á este Pontífice, en el cual culmina la época del destierro de Aviñón (5).

(1) El documento original ha sido impreso en Lacomblet, Urkundenbuch für Gesch. des Niederrheins (Düsseldorf 1853) III, 627 629.

(2) Gudenus, Cod. dipl. Mog. (Francof. 1751) III, 507—514. También el clero de Wurtemberg se opuso en 1372 al diezmo pontificio. (Stälin, Gesch. Württ. I, 2, 764) Cf. además Kirsch, Die päpstlichen Kollektorien in Deutschland xxii. Mirolet in Mém. d'archéol. 1897 XVII, 113.

(3) Impreso por Freyberg, Gesch. der bayrischen Landstände (Sulzbach 1828) I, 265. V. también Riezler III, 815. Cf. además el escrito del Duque Federico de Austria-Tirol á las asociaciones religiosas de su territorio (aunque pertenece á la época del Cisma 147) en Brandis, Tirol unter Friedrich von Oesterreich (Wien 1821) 291—292.

(4) Baluze I, 311. Cf. Schwab 14 s. 37. 39.

(5) Hefele VI, 579. 588. (2. Aufl. 663 s.); Höfler, Aus Avignon 19; Hamme-

Fué una dicha para la Iglesia, que el sucesor de Clemente VI, **Inocencio VI** (1) (1352-62), estuviera animado de sentimientos totalmente diferentes. Este severo y justo varón parece haberse propuesto por modelo á Benedicto XII; y así, luego después de su coronación, revocó las constituciones de Clemente VI que permitían á los dignatarios eclesiásticos y á los cardenales, poseer beneficios en ciertas iglesias catedrales y conventuales; suspendió una multitud de reservas y encomiendas, se declaró contra la acumulación de beneficios, é impuso á todos los beneficiados, so pena de excomunión, la residencia personal. De esta manera limpió la corte pontificia de una multitud de inútiles cortesanos, cuya única ocupación era urdir intrigas y procurar la satisfacción de su avaricia. Por su carácter, muy económico de sus propios bienes, y persuadido de que debía serlo de los de la Iglesia, desterró de su corte todo fausto, suprimió todos los gastos innecesarios y despidió á los servidores superfluos. A los cardenales, muchos de los cuales, entregados enteramente al lujo y al regalo, habían acumulado enormes riquezas (2), los obligó á imitar su ejemplo, reprendiendo públicamente las faltas de algunos miembros del Colegio cardenalicio. En su tiempo los beneficios se concedieron solamente al mérito; pues decía: «que las dignidades eclesiásticas debían ser premio de la virtud y no del nacimiento» (3). Aun más allá del círculo de las personas que le rodeaban, procuró Inocencio VI, que tenía en mientes una extensa reforma de toda la administración eclesiástica, oponerse según sus fuerzas á la corrupción que había penetrado en la vida clerical; y así, por

rich 163; Müller II, 165. Villani, y otros, acusan también á Clemente VI de inmoralidad. En cuán estrechas relaciones estuviera Clemente VI con Francia, se ve claramente por las enormes sumas de dinero que él y su hermano Guillermo Roger prestaron durante la guerra de los cien años, á Felipe VI, Juan II y á los Barones franceses. Felipe VI, en el tiempo de 1345-1350, recibió 592.000 florines de oro y 5.000 scudi, y Juan II llegó á la enorme suma de 3.517.000 florines de oro. Cf. Bibl. de l'École d. Chartes XL, 570-578. Sobre el sepulcro de Clemente VI cf. Faucon en el Bull. d. Comité d. travaux, hist., archéologie 1884 p. 383 ss. Cf. Müntz, La Tiare 48-49.

(1) Este enérgico Papa no era natural de Maumont, como se ha dicho muchas veces, aun Gregorovius VI³, 322, sino del pueblo Mont, junto á Beyssac, cerca del castillo de Pompadour; cf. Christophe II, 170, y Werunsky 61, Anm. 5. Sobre su sepulcro v. Duchesne 493; Cf. Müntz l. c.

(2) Cf. André, Monarch. pontif. 243 s. 319.

(3) Christophe II, 173, donde se hallarán más especificados los datos. Cf. también Schwab 17 y Werunsky 63.

ejemplo, en 1357, envió al obispo Felipe de Labassole á Alemania, para trabajar en la reforma del clero (1). Casi todos los historiadores alaban á Inocencio VI, como á un varón de severas costumbres, soberano grave y conecedor del derecho; el cual, aunque no estuvo libre del nepotismo, se esforzó incessantemente en procurar el bien de la Iglesia y de sus pueblos. Algunos llegan hasta llamarle el mejor y más excelente de los papas de Aviñón (2).

Este distinguido Pontífice fué también quien ofreció su auxilio para el definitivo restablecimiento del Imperio; sólo que aquel Imperio nuevo resultó demasiado débil para que hubiera podido satisfacer, aun en las circunstancias ordinarias. Para asegurar el Pontificado contra nuevos ataques de la caprichosa potestad imperial, se procuró hacer la suprema dignidad secular lo más insignificante posible (3). Pero esto debe señalarse como una perniciosa falta. Inocencio VI, en medio de otras excelentes cualidades suyas, no fué á la verdad un gran político.

El punto culminante del pontificado de Inocencio VI lo constituye el restablecimiento de la autoridad pontificia casi enteramente caída en Italia, por el genial cardenal Albornoz (4). La restitución de la Santa Sede á su antiguo y propio asiento, hízose con esto posible, y constituía una necesidad tanto más urgente, cuanto que la permanencia en la fortaleza papal de las orillas del Ródano se había hecho por extremo insegura, á consecuencia del creciente poder de las compañías de mercenarios aventureros, que en todas partes saqueaban é incendiaban, y de la perturbación, cada día mayor, de las cosas de Francia. Inocencio VI pensó con efecto en visitar á Roma (5); pero su avanzada edad y

(1) Cf. Schubiger 162 s. y Stimmen aus Maria-Laach XIX, 341.

(2) Así Sugenheim 257; Papencordt, Rienzo 277, y Gregorovius VI³, 390. Cf. Hammerich 163-164 y Zöppfel en Herzog, Realencyklopädie VII³, 338. Sobre la colocación de los primeros humanistas en la Curia por Inocencio VI, vide supra p. 176. Contra la opinión de que Inocencio VI haya sido enemigo de las ciencias, cf. Hist. litt. 21-22.

(3) Höfler, Roman. Welt 127; Cf. Avignonesische Päpste 282-283.

(4) Cf. Reumont II, 900 s.; Gregorovius VI³, 323 s.; Werunsky 65 ss.; Wurm, Kard. Albornoz (Paderborn 1892); Ermini, Gli ordinamenti politici e amministr. nelle «Constitutiones Aegidiane» (Torino 1894); Filippini, La riconquista d. stato d. chiesa p. opera di E. Albornoz en Studi storici 1899, VIII, 295 ss. 465 ss.

(5) Cf. su carta á Carlos IV de 28 de Abril de 1361, apud. Martène,

su salud enfermiza frustraron su plan. Su sucesor, el erudito y santo **Urbano V** (1362-1370), fué en esto más dichoso: dos grandes acaecimientos hacen de su pontificado el más memorable de aquel siglo.

El regreso á Roma, promovido con grande ahinco por el emperador Carlos IV, y única medida capaz de reponer el caído prestigio del Pontificado, sustraerlo á las turbaciones de la guerra anglo-francesa y preparar la tan necesaria reforma de la disciplina eclesiástica, llegó á ser una realidad en el año de 1367. A pesar de la resistencia del rey de Francia y de los cardenales franceses (1), á 30 de Abril de 1367, salió Urbano V de Aviñón, dejando allí por consideración á las relaciones con Francia, una parte del personal de la Cancelaría y de la Cámara Apostólica. A 19 de Mayo se embarcó el Papa en la galera que había de conducirle á las playas de Italia; y á 4 de Junio aportó á Corneto, desde donde se dirigió á Viterbo, para pasar allí la estación calurosa. A 13 de Octubre se encaminó finalmente á Roma, donde entró á 16 del mismo mes, estableciendo su habitación en el palacio del Vaticano, en el cual se habían hecho sólo las reparaciones más indispensables (2). Al regreso del Papa á Roma, se añadió, el año siguiente, el segundo acaecimiento importante del reinado de Urbano V: la expedición á Roma del emperador Carlos IV y la pacífica alianza entre la Iglesia y el Imperio (3).

El regreso de Urbano V al sepulcro de los Apóstoles, fué celebrado con infinito júbilo por todas las personas graves y los fieles de Italia. *Juan Colombini*, fundador de los Jesuatos, salió á recibir al Papa hasta Corneto; cantando laudes con los suyos, y llevando ramos de olivo en las manos, acompañaron con júbilo á la comitiva del Santo Padre, el cual confirmó poco después los estatutos de dicha Congregación (4). Petrarca saludaba al Papa á su

Thesaur. II, 946—947. Sobre el peligro que amenazaba á los Papas en Aviñón cf. André 402 s.; Gottlob 87 s. 93, y principalmente Denifle, Désolation II, 386 ss. 498.

(1) Prou, Relat. polit. du pape Urbain V avec les rois de France Jean II et Charles V (Paris 1888) 64 ss.

(2) Cf. la excelente obra de Kisch, Die Rückkehr der Päpste 11 s.

(3) Höfler, Roman. Welt 129. «Pues se escribe en el año de 1367, en que las dos espadas de los defensores estaban concordes.» Limburg. Chronik 55. Cf. Novati I, 87.

(4) Cf. M. de Rambuteau, Le bienheureux Colombini (Paris 1893).

vuelta á Roma, con las palabras del Salmista: «A la salida de Israel de Egipto; de la casa de Jacob de entre el pueblo bárbaro; en todas partes resonaba el júbilo y la alegría.»

Hacia sesenta años que Roma no había visto un Papa dentro de sus muros, y la ciudad ofrecía el triste aspecto de una grave ruina; las iglesias principales, la basílica de San Juan de Letrán, y San Pedro y San Pablo, yacían, lo propio que el palacio del Pontífice, medio derruidos; y la experiencia de dos generaciones había enseñado que, en caso de necesidad, los papas podían carecer de Roma, pero Roma no podía pasarse sin los papas. Urbano V ordenó desde luego la restauración de los edificios caedizos y de las iglesias, y la obra más importante que mandó emprender, fué la restauración de la basílica de Letrán, destruída en 1360 por un incendio. El altar mayor de dicha iglesia fué adornado con un gótico tabernáculo sostenido por altas columnas, y se encerraron en él dos preciosas reliquias: las cabezas de los Apóstoles San Pedro y San Pablo, para las cuales, el platero sienés Giovanni di Bartolo, hizo preciosos bustos, que fueron destruídos más tarde en la época de la Revolución francesa, mientras el tabernáculo, por el contrario, ha sobrevivido á todas las tormentas. Urbano V llamó también á su servicio á famosos pintores, como Giotto, Giovanni y Angelo Gaddi y Giovanni da Milano (1). La ciudad, que poco tiempo después vió en su recinto á ilustres huéspedes regios (2), empezó á reponerse poco á poco. Los romanos tributaban á su Cabeza suprema la debida sumisión y reverencia, y la paz y la tranquilidad parecían haber vuelto definitivamente (3); pero para ordenar de un modo satisfactorio las compli-

(1) Sobre la restauración y en general el fomento de las artes por Urbano V. cf. Valentini, Basil. Lat. I, 145. Adinolfi I, 130. Gaye, Carteggio I, 74 s. Chronique des Arts et de la Curiosité 1880, Mai 22. Arch. d. Soc. Rom. VI, 13 s. Müntz, Giov. di Bartolo in Arch. st. Ital 5. Serie, II, 1 ss. Novati I, 81. Müntz-Frottingham, Tesoro d. basil. di S. Pietro (Roma 1883) 13 ss. Müntz, Archives des Arts (Paris 1890), I, 1 ss., und Arch. st. dell'Arte IV, 127 ss. Kirsch, Die Rückkehr 108 s. Schubring im Jahrb. d. preuss. Kunstsamml. 1900 V. 164 s., donde sin embargo se confunden los Urbanos V y VI.

(2) Además de Carlos IV, recibió Urbano V en Roma, en 1368 y 69, á la reina Juana de Nápoles, al rey de Chipre y al Emperador griego Juan Paleólogo. También se esperó entonces en la Ciudad eterna á Esteban de Bosnia. Theiner, Mon. Hung. II, 91—92.

(3) Cf. la propia confesión del Papa en su escrito al pueblo romano, apud. Raynald ad a 1370 n. 19. Cf. También Froissart IX, 49. 51.

cadras circunstancias de Italia, hubiera sido necesario un soberano de mayores energías. Urbano V no estaba en disposición de superar victoriosamente las dificultades que por todas partes se le oponían; su celo se debilitó muy pronto y, lo propio que los más de sus cardenales, empezó á suspirar por la ciudad del Ródano y su hermoso país natal (1). Inútil fué que el franciscano Pedro de Aragón le representara la inminencia de un cisma, que podría producirse si el Papa volvía á abandonar la Ciudad de los Apóstoles; ni las fervientes súplicas de los romanos, ni las exhortaciones de Petrarca, ni la amenaza de Santa Brígida, de que el Papa moriría tan pronto como dejase á Italia, fueron poderosas para hacer desistir á Urbano V de su resolución, y con gran dolor de todos los verdaderos amigos del Primado y de la Iglesia, regresó á Aviñón (27 de Septiembre de 1370), para morir allí muy poco después de su llegada (19 Diciembre 1370). Cuando Petrarca recibió la noticia de su muerte, escribió estas palabras: «Urbano V se hubiera contado entre los hombres más gloriosos, si al morir hubiera hecho llevar su lecho ante el altar de San Pedro, y hubiera podido exhalar allí su último aliento con tranquila conciencia, poniendo á Dios y al mundo por testigos de que, si alguna vez un Papa había abandonado aquellos sitios, no había sido por culpa suya, sino de los causantes de tan vergonzosa huída» (2). Si apartamos los ojos de esta debilidad, hallaremos en Urbano V uno de los más nobles y mejores papas; y son especialmente dignos de honorífica mención sus esfuerzos contra la corrupción moral, aun cuando no fueran suficientes para borrar las huellas de arraigados desórdenes (3).

Las circunstancias de entonces eran, por más de un concepto,

(1) Reumont, Briefe 19; Cf. Gesch. Roms II, 950 s. 956 ss. 956 ff. 962 ss. Acerca de la acción no enteramente sin éxito de Urbano, durante su permanencia en Italia cf. l'Épinois 327—337.

(2) Geiger, Petrarca 179; cf. Novati I, 140 s. Acerca del amor de Urbano V á Francia y su condescendencia para con la Corona cf. Prou, Relat. polit. du pape Urbain V, avec les rois de France Jean II et Charles V (Paris 1888).

(3) Gieseler II, 3, 114. Souchon 72. En favor de Urbano se declara Froissart (VI, 504; Cf. VIII, 55). Aun cronistas alemanes le tributan las mayores alabanzas. «Fuit lux mundi», dice un Cronista de Maguncia (Crónicas de ciudades alemanas XVIII, 172), «et via veritatis, amator iustitiae, recedens a malo et timens Deum». Cf. Limburg. Chronik 51 y 59. Acerca del sepulcro de Urbano V cf. Duchesne 494.

sobremanera tristes. Desde el siglo X no se había tenido que lamentar una tal corrupción de costumbres como la que estaba á la sazón universalmente extendida; y si investigamos atentamente las causas de aquella deplorable inclinación de las cosas, hallaremos que el malestar se había producido principalmente por las mudanzas verificadas en el estado de la cultura, hacia fines del siglo XIII. A partir desde dicho tiempo, por efecto del desarrollo de la industria y del comercio se habían aumentado extraordinariamente en Italia, en los Países Bajos, Francia y Alemania, el bienestar y las comodidades, en la vida de todas las clases sociales; por todas partes se notaban los cambios rápidos de la moda y una desmedida propensión al lujo y á los placeres. El clero, así el alto como el bajo, seguía, exceptuando honrosas personalidades, la corriente del tiempo (1); y como las nuevas necesidades hacían necesarios gastos siempre crecientes, algunos papas, como Juan XXII y Clemente VI, se entregaron á las operaciones financieras de que ya antes hemos hecho memoria. El corruptor influjo del dinero se hizo sentir en seguida del modo más terrible: Alvaro Pelayo narra como testigo presencial, de qué manera los empleados de la Curia no dejaban por utilizar camino alguno de enriquecerse; cómo no era posible obtener ninguna audiencia, ningún despacho, sino con dinero; aun el permiso para recibir las órdenes sagradas se había de conseguir á fuerza de presentes de todo género (2). Este sistema de venalidad y soborno, que en menores proporciones se practicaba también en las más de las curias diocesanas, tenía por resultado, que se invistiera con dignidades eclesiásticas á personas incapaces é indignas. Los clérigos no vivían conforme á su estado; en muchas partes no se cuidaban de la obligación de residencia, á pesar de las enérgicas disposiciones sinodales; porque el clero inferior imitaba, en esta materia, el mal ejemplo que le daban los más altos prelados; la moralidad y la disciplina, principalmente el celibato, andaban por los suelos, y el regalo y la sed de placeres sustituían á la sencillez y continencia sacerdotales (3).

En este punto, Urbano V, que fué personalmente un varón

(1) Schwab 38—39. Cf. Magnan 139 ss. y Cipolla 157.

(2) Alvar. Pelag. lib. II, art. 15.

(3) Schwab 39—40. 53. Cf. además Hammerich 129 s. 133 s. 164 y H. V. Denifle, Taulers Bekehrung (Strassburg 1879) 131—133.